

Salud sexual y creencias. Etnografías sobre la omisión del uso de preservativo entre mujeres en situación de prostitución y prostituyentes

Ángel Christian Luna Alfaro

Correspondencia: luna.alfaro@gmail.com
Profesor-Investigador. Universidad de Guadalajara CU Lagos.

Fecha de recepción:
20-octubre-2018
Fecha de aceptación:
15-enero-2019

Resumen

La salud sexual de mujeres en situación de prostitución es un tema que ha sido delegado por parte de los sistemas de salud de los gobiernos hacia ellas, omitiendo a los prostituyentes. Son este tipo de mujeres las principales encargadas de un asunto que rodea retos, complejidades, violencias y creencias vinculadas a situaciones de clase social, género y ejercicios de poderes diversos, donde parece que ellas se encuentran en diversas ocasiones, en escenarios desiguales en relación con sus “consumidores”. En este artículo se expone una etnografía de dichos escenarios, en el marco de una investigación en el altiplano mexicano.

Palabras clave: Salud sexual, creencias, prostitución, etnografía.

Abstract

The sexual health of women in prostitution situation is a subject that has been delegated by the health systems of governments towards them, omitting the prostitutes' customers. This type of women are the main ones in charge of an issue that surrounds challenges, complexities, violence and beliefs linked to situations of social class, gender and exercises of diverse powers, where it seems that they are in different situations, in unequal scenarios in relation to their “consumers”. In this article an ethnography of said scenarios is exposed, concerning to an investigation in the Mexican highlands.

Key words: sexual health, beliefs, prostitution, ethnography.

“Vendedora de caricias
quédate media hora más
que esta noche estoy muy solo
y no me quiero suicidar.”

Vendedora de caricias - Panteón Rococó

“En la actualidad, la investigación no puede ser el ejercicio solitario de una persona, requiere,
por el contrario, múltiples diálogos y puntos de quiebre para
encontrar los nudos de inflexión en los que se genera conocimiento”.

Martha Patricia Castañeda Salgado

Introducción

Las políticas bajo una óptica patriarcal, según Anzorena (2013), suelen representar el cuerpo de las féminas como débil, indefenso y fragmentado. La relación entre sexualidad(es) y políticas constituyen un nudo complicado, que impacta generalmente sobre los cuerpos de las mujeres en toda su diversidad: son ellas a las que se controla, regula, y se les dice deben “cuidarse”. Por otra parte, la sexualidad masculina continúa ligada a la idea de “una incontenible e infinita potencia” que el Estado no se ocupa en regular, ni se preocupa en intervenir. Por curioso que parezca, desde la perspectiva ya mencionada, las mujeres tienen la responsabilidad, los varones tienen la sexualidad, el deseo y el placer; esa puede ser la esencia que permite y recrea espacios de libre ejercicio de su sexualidad, donde diversos actores son cómplices de dotar cuerpos para su consumo, sin importar la misma edad o sexo. En otras palabras, el Estado y la sociedad toman, frente al fenómeno de la prostitución de personas, una posición de supervisión, control y mantenimiento.

Por otro lado, son diversos los elementos que construyen las creencias, la mayoría de éstos se conforman por horizontes culturales que nos ayudan a percibir el mundo, apropiarnos de él y asumir discursos. La sexualidad y las creencias son dos elementos que se exponen como telón de fondo, considerándolos indispensables en este artículo, al ocuparse de historias de vida de mujeres que viven en situación de prostitución, siendo el objetivo desmarañar las formas en que vinculan sus creencias con su actividad, analizando específicamente las omisiones del uso del preservativo en un encuentro con los prostituyentes. Los lugares de

estudio han sido centros nocturnos y bares, ubicados en algunos municipios del sur y poniente del estado de Tlaxcala. Se compila la información mediante entrevistas informales y un trabajo etnográfico del 2012 al 2017.

El resultado de este trabajo puede servir para conocer creencias sobre la sexualidad de dos tipos de actores involucrados en el comercio del sexo: mujeres en situación de prostitución y prostituyentes. Quizás se pueda develar si son efectivas las intervenciones en materia de salud sexual por parte de diversos niveles de gobierno de Tlaxcala, tales como los cursos e información que transmiten las instituciones públicas de salud hacia ellas y las carencias de las mismas en la población masculina, que también puede ser un prostituyente de potencia.

Lo que aquí se aborda, así como las y los informantes lo hicieron, no es una “muestra representativa”; se aspira a que los casos expuestos, abonen en discusiones y enriquezcan el ejercicio de la política pública vinculada al acceso a la salud en un estado donde se han observado diversos casos de trata de personas con fines de explotación sexual, desde los saberes que se generan de la observación etnográfica, argumentando que, para proponer iniciativas y políticas, hay que conocer todos los aspectos posibles de una problemática social.

1. Posicionamientos teóricos

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS, s/f), el ideal de la salud sexual debería ser un estado de bienestar físico, mental y social, en relación con la sexualidad. Requiere un enfoque positivo y respetuoso de la sexualidad y de las relaciones sexuales, así como la posibilidad de tener experiencias sexuales placenteras y seguras, libres de toda coacción, discriminación y violencia. En el contexto prostitucional heteronormado (es decir, el de hombre-mujer), asevera la organización, la mayor parte de los elementos aquí expuestos se encuentran ausentes, entre ellos el caso del uso de preservativo por motivos de anticoncepción y prevención de infecciones de transmisión sexual, un aspecto que se debate entre “el deber ser” y las realidades del ejercicio del poder patriarcal.

Uno de los aspectos teóricos y referenciales medulares en esta pesquisa, reside en la obra de María Galindo y Sonia Sánchez (2007), quienes aseveran que: “El pensamiento feminista, plantea que vivimos en un Estado patriarcal; es decir, que en el Estado -de manera

intrínseca e indisoluble- no hay inclusión ni perspectiva de equidad” (p. 75). Al mismo tiempo, las autoras mencionadas sugieren que se puede observar al Estado desde:

Su carácter masculino, no solamente relacionado con su patrón patriarcal, que viene de *padre*, sino con su patrón proxeneta que viene de explotador y mutilador del cuerpo de las mujeres. El Estado proxeneta nos aclara el lugar de objetos sexuales de intercambio que ocupan las mujeres en todas las sociedades y culturas del mundo. Nos aclara también la negación de nuestra condición de sujetos. Por eso las mujeres, en un Estado patriarcal que es un Estado proxeneta, actuamos y existimos por fuera de la historia y de la Política (Galindo y Sánchez, 2007, p. 81).

Se entiende que existan activistas y académicas que sugieren una postura que aspire a regular el escenario prostitucional, concibiéndolo como “trabajo sexual”, así como “dignificar” dicha actividad, hallando algunos ejemplos en los trabajos de Lamas (1996) y Ponce (2008). Sin el afán de pasar por alto dichas posiciones, para este caso se entiende la necesidad de concebir a la prostitución femenina como un proceso histórico de larga duración, vinculada a una política sexual; posicionamiento donde se reconoce el aporte de Kate Millett (2017). Según Millett, el patriarcado se rige por dos principios: el dominio del macho sobre la hembra y del macho adulto sobre el joven. Por lo demás, menciona la autora, su diversidad es enorme, se adapta a diferentes sistemas económico-políticos y es universal. Aunque suele recurrir a la fuerza (violaciones, escisión, prohibición del aborto, prostitución, reclusión, velo, etcétera), el patriarcado se apoya sobre todo en el consenso generado por la socialización de género.

A su vez, Silvia Federici (2010), en su obra *Caliban y la bruja, mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, también abona al proceso de larga duración ya abordado, donde la explotación sexual y posteriormente la prostitución femenina, se puede observar en un fenómeno complejo, vinculado a un sistema económico como el capitalismo y a la institución histórica simbólica denominada patriarcado.

En el caso mexicano, Martha Patricia Castañeda, en el marco de la presentación del libro *Miradas etnológicas, violencia sexual y de género en ciudad Juárez, Chihuahua. Estructura, política, cultura y subjetividad*, de Patricia Ravelo, señala:

La carente legitimidad de un Estado patriarcal, misógino y crecientemente democrático. Al mismo tiempo, ese Estado, lo concibe como desigual, inequitativo, en particular para las mujeres, incumpliendo dicha institución en el objetivo básico

de garantizar y resguardar los derechos de la ciudadanía, así como los derechos humanos de las mujeres (Ravelo, 2011, pp. 15-16).

Por eso:

El universo de la prostitución es un pendiente de todos los sistemas políticos, de todas las ideologías y de todas las culturas del mundo, de norte a sur y de este a oeste. El Estado proxeneta es definitivamente una manera de jerarquizar las relaciones sociales en una determinada sociedad. Es una mirada que sale desde el mundo de la prostitución, pero que nos sirve para comprender las relaciones sociales en todos los ámbitos y actores (Galindo y Sánchez, 2007, pp. 81-82).

No se recurre a la referencia “cliente”, concordando con lo expuesto por Juan Carlos Volnovich (2011) y las ideas de las abolicionistas que prefieren que se diga prostituyentes, compartiendo un interés en común: abordar la cuestión desde el lado de ellos y a partir de allí, entender que *sin clientes no hay prostitución*. Si continuamos utilizando el concepto de cliente, lo eximimos de una responsabilidad dentro de la estructura de explotación sexual, donde no solamente existe el sistema prostitucional, sino también proxeneta.

Por lo descrito, se diserta la hipótesis de que la sexualidad de las mujeres en situación de prostitución, ha sido un “asunto de Estado”. Desde la perspectiva feminista, ese Estado es patriarcal, mismo que busca afanosamente brindar “orden” a un ejercicio donde los hombres en calidad de prostituyentes, ejercen una sexualidad vertical y violenta “legalizada”, considerando que ellas no cuentan con la posibilidad de autonomía. Por este motivo, se descarta la referencia “trabajo sexual”, misma que sugiere la idea de que las mujeres, pueden elegir libremente su actividad.

2. Sobre los conceptos y otros ejes teóricos

Mientras la referencia religión puede entenderse como un conjunto de posturas más o menos rígidas sobre la humanidad y su noción de lo sagrado, incluyendo seres “supremos” o “sobrenaturales”, con creyentes que generan representaciones simbólicas e institucionales en la “tierra”. La creencia desde la observación antropológica, es un asunto bastante flexible; es más, la misma es dinámica, y se entiende en su justa dimensión: no es sistemática, ni cuenta

con órdenes o lógicas predispuestas. Por tal motivo, no se considera el contexto conceptual como sistema de creencias; es decir, a la manera de Durkheim (2013), quien determina que una religión es un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sacras.

Parece importante contextualizar al lector sobre el mismo planteamiento de Durkheim, quien considera que dentro de “las cosas sacras” también se encuentra el cuerpo. Igualmente, conocido para los cristianismos como “el templo del Espíritu Santo”, el cuerpo se vincula con la sexualidad y el mismo adquiere dimensiones y significados complejos. Así pues, aunque sea una especie de “templo”, el cuerpo se brinda, vende, alquila y obsequia según las creencias, aunque no siempre de manera consciente.

Existe una antropología de la creencia, la cual se nutre de posicionamientos histórico-sociales, validados por comunidades, instituciones, discursos, entre otros. La creencia es un asunto de carácter personal, se obtiene como reflejo de una convivencia que naturaliza acciones, pensamientos o expresiones orales; por tal motivo, aunque existan posicionamientos oficiales, por ejemplo, de una religión, la feligresía acaba adaptando a sus necesidades, circunstancias o actitudes a la misma. El caso de los asesinatos, robos, secuestros, entre otros ilícitos, son justificables por miembros del crimen organizado, pese a ser “creyentes”; pero los mismos pueden marchar contra la legalización del matrimonio de personas del mismo sexo o el aborto. Al mismo tiempo, algunas personas pueden perdonar, encubrir o tolerar perfectamente que su descendencia o familia en general secuestre o mate personas, pero gritar consignas contra la adopción de hijas e hijos de personas del mismo sexo, por considerarlos “anormales”.

Si bien lo expuesto está vinculado a procesos históricos como los *continuum de violencia*, o las estructuras de sociedades patriarcales, se considera que cada uno de éstos se puede comprender mejor, al analizar a sus interlocutores/as. Dichos análisis no solamente se pueden hacer mediante la entrevista, pero tal vez se puedan enriquecer mediante la observación etnográfica, ya que la evidencia empírica nos ayuda a contrastar lo que “se dice”, con lo que “se hace”.

Aunque la mayoría de religiones penalicen de diversas formas el ejercicio de la sexualidad, la prostitución es un asunto que no se permite en estricto sentido; sin lugar a dudas es uno de los máximos pecados, que “ensucia” y “degrada” esencialmente a quien la ejerce. Libros sagrados como *La Biblia*, señalan y condenan principalmente quien la practica, pero escasamente visualiza a la *clientela*, que resulta ser predominantemente masculina.

Entonces, este artículo necesariamente se convierte en antropológico, ya que parte de dos preocupaciones de carácter epistemológico de la misma disciplina: la humanidad y la cultura. Vale la pena recordar estudios tales como el de Carles Salazar (2014), quien, desde una antropología de la creencia, invita a cuestionar aspectos tales como la racionalidad (y lo irracional) o las posturas médicas sobre la enfermedad y lo “saludable”. Así pues, desde el argumento del autor, la ciencia pasa por el filtro de la creencia, rayando en los linderos del mito y la religión. Las categorías que cuestiona no son con el ánimo de infravalorar alguna; en todo caso, las interrogantes son los aspectos más importantes que hereda para de-construir novedades.

Las creencias, nos dice Mariano Solía (2008), la mayoría de las veces son inconscientes, no sabríamos siquiera formularlas claramente. En general, arguye el autor:

Podríamos decir que las creencias nos tienen a nosotros, mientras que las ideas las tenemos nosotros a ellas. La ciencia es convertida en creencia por la comunidad científica: por eso el estatuto de creencia de la ciencia es aparentemente diferente. Sin embargo, fuera de la comunidad científica, la ciencia es una creencia como todas las demás (Solía, 2008, p. 1).

En este recuento, vale la pena citar a Ortega y Gasset, quien señala:

Las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre qué acontece [de tal manera que en ellas] vivimos, nos movemos y somos. Por lo mismo, no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamente hacemos o pensamos (2001, p. 5).

Cuando nuestros horizontes culturales, así como experiencias de vida son limitados, una herramienta mental y de acción recurrente es la creencia. Ésta nos ayuda a lidiar con el drama de la vida, nos inspira y da la posibilidad de incluso trascender en el tiempo. Aunque antigua, la definición de creencia que acuña Fishben y Ajzen (1975) es particularmente interesante, concibiéndola como “la probabilidad subjetiva de una relación entre el objeto de la creencia y algún otro objeto, valor, concepto o atributo” (p. 131). En este sentido, una vez más, el campo de acción de la antropología que tiene como sustento el estudio de las “subjetividades”, es más que necesaria en esta investigación.

Es importante, más no medular, mencionar la aplicación de la perspectiva de género, Cazés (2005); ésta misma nos recuerda que: “Nos permite enfocar, analizar y comprender las características que definen a mujeres y a hombres de manera específica, así como sus semejanzas y diferencias” (p. 42). Entonces, observar las maneras en que se han trazados las sociedades, basadas en la diferenciación sexual es menester de la aplicación del enfoque en cuestión. No hay generalización, es, en todo caso, ciertos tipos de mujeres y hombres los que aquí se analizan y exponen.

En este recuento es necesario mencionar lo que se entiende como antropología de género. Aunque se reconoce que es una disciplina en formación, aquí se apoya en la iniciativa de Aurelia Martín, quien plantea:

La incorporación de la perspectiva de género en la investigación socio-cultural, y en otras cuestiones de la vida civil, constituye una herramienta esencial para comprender aspectos fundamentales relativos a la construcción cultural de la identidad personal, así como para entender cómo se generan y reproducen determinadas jerarquías, relaciones de dominación y desigualdades sociales (2008, p. 10).

La misma Martín sugiere una relectura de la antropología clásica, observando con los lentes del género, para develar los androcentrismos propios de muchos discursos e iniciativas disciplinarias o científicas predominantes.

3. Metodología y técnicas de investigación

Este artículo se basa en una metodología cualitativa, coincidiendo con Tarrés (2013), quien asegura: “La opción cualitativa involucra un gran conocimiento de la teoría, pues ahí se encuentra las claves para desentrañar el significado de las observaciones derivadas de las palabras, narraciones o comportamientos que recoge el investigador” (p. 15).

Esta metodología ha estado ligada al trabajo desarrollado por las ciencias sociales, siendo la antropología quien se ha visto enriquecida por esta iniciativa. Por ende, ha desarrollado varias técnicas para dicho trabajo; la etnografía es una de las primordiales.

Guber (2015) nos subraya la triple acepción de la etnografía: enfoque, método y texto; así, se vuelve dicha labor en un esfuerzo de exposición monográfica del comportamiento de una cultura en particular, así como un intento de representación, interpretación o traducción de una cultura que es ajena a otras personas. Gracias a ello, se forma una rica simbiosis entre la teoría y la observación de campo.

Rosana Guber propone cuestionar las certezas de quien impuso el “deber ser” y las que ya generamos, por arrogancia, ignorancia y hasta la necesidad que nos caracteriza como humanidad. Recorrer el campo con y desde los protagonistas es el tema que se pone a discusión, una invitación seductora, con más posibilidades que limitaciones. Esto se vuelve particularmente interesante con quienes se pensaban poseedoras de una cierta educación sexual, sobre todo en lo referente a la anticoncepción y uso de preservativo.

Durante el periodo de 2012 al 2017, investigaciones propias en el estado de Tlaxcala, referentes al estudio de la trata de personas con fines de explotación sexual, abordan diversos actores que se involucran en él. Se flexibilizó la observación, llevándola a comunidades de Puebla que colindan con tierras tlaxcaltecas, hasta llegar a la capital de ese Estado.

Para el caso de la entidad tlaxcalteca, se observaron esencialmente los bares, centros nocturnos y espacios “públicos” donde suelen instalarse algunas mujeres en situación de prostitución, ubicados en el trayecto de la “vía corta” (vía rápida que comunica a Tlaxcala con Puebla, y atravieza por distintos municipios del sur y poniente de este estado). Huamantla y Apizaco fueron otros municipios que se inspeccionaron.

Lo aquí expuesto no fue parte del objetivo principal a evidenciar; en un principio se buscó averiguar cómo se configura la trata de personas con fines de explotación sexual en Tlaxcala. Posteriormente, saber los perfiles de los prostituyentes. Como muchos trabajos de investigación, pero sobretudo el etnográfico, en éste se hacen anotaciones que van dando sentido u orden, de tal manera que, de un asunto aleatorio, se produjo una reflexión y pesquisa basada en evidencia cualitativa.

Es imperativo mencionar que las y los informantes son de diversas latitudes del país; sin embargo, se puede asegurar que al menos los prostituyentes son un 90% oriundos de algún lugar del estado de Tlaxcala. Gracias a las observaciones de campo, se deduce que la mayoría de mujeres consultadas provenían de Veracruz, Hidalgo, Estado y Ciudad de México, Chiapas y Tlaxcala. Las edades de ellas oscilaban entre los 23 a 47 años y de ellos de los 18 a los 66.

No fue posible seleccionar a los informantes, debido a la complejidad del espacio donde se efectuó el estudio (bares, cantinas, *table dance*, etcétera), por ello, las preguntas fueron improvisadas, como “¿Con quién se involucró?”. Se notó cierta apertura para que se hiciera una entrevista informal, tejiendo (en la medida de lo posible) microhistorias de vida.

La pregunta primordial utilizada para este trabajo era simple: “¿Utilizas preservativo en un encuentro sexual?”. Ante la respuesta, cualquiera que fuera, era imperativo averiguar las razones o creencias al respecto. Entonces, el proceso aquí descrito no se limitó a una experiencia “coital”; sin embargo, el contexto también abordó la oferta compañía, “amor”, sentimientos, atenciones, en los delgados linderos de las subjetividades y creencias.

4. Etnografía

Desde la observación etnográfica y las entrevistas informales, me informaban que muchos lugares donde se efectuaba comercio sexual fueron cerrados, tal es el caso de un motel en Calpulalpan, Tlaxcala. También, muchos bares se vieron obligados a clausurar su espacio para “privados”, esto último, considerando que en ellos podía efectuarse la compraventa de servicios sexuales, prestándose a una probable explotación sexual.

Se prohibió, durante el sexenio de González Zarur, la prostitución callejera y esencialmente en la “vía corta”. En general, resulta ser, el primer Gobernador en la historia reciente de la entidad, que reconoce la existencia de la Trata de Personas con fines de Explotación Sexual. Esto último, no significó forzosamente una disminución de la problemática. Presumiéndose una serie de simulaciones y debilidades, además de una ausencia de estrategia clara al respecto, esto último lo podemos inferir gracias al intento de alerta de género que se consideró para finales de su sexenio e inicios del siguiente (2016-2017).

El contexto descrito dificultó la exploración de campo, debido a que muchas personas involucradas en dicha actividad se encuentran sensibilizadas en cuanto al tema, e interrogar puede ser sospechoso y hacer pensar, por ejemplo, que uno es policía, detective o algo similar.

Es importante mencionar que los lugares observados no promueven abiertamente tener sexo. Incluso muchos han eliminado sus espacios para los bailes privados. Sin embargo, entrada la noche, los baños, espacios sin luz, o las salidas a los automóviles y moteles, son bastante comunes, pues “dando una propina a los encargados de las entradas, todo se puede”,

diría un informante. Dentro de los bares, también pudo notarse la práctica del sexo oral, un tanto disfrazado.

Al mismo tiempo, todas las mujeres entrevistadas presumen de asistir o contar con cursos, talleres e información referente a las ITS, evitar embarazos no deseados, entre otros aspectos vinculados a la salud sexual, por parte de instancias de gobierno. Incluso algunas tienen cartillas, en donde se observan datos personales (que ellas tapaban, principalmente su nombre), así como el tipo de revisión efectuada, por ejemplo, que cuentan con la aplicación de una prueba rápida de detección de VIH. Indicaron que a los dueños de los bares se les exige que, para contratarlas, ellas deben asistir a esas revisiones, cada 3 o 6 meses, costándoles un mínimo de \$600.00.

“A veces nos hacen revisiones”, dice Paola (30 años, Ciudad de México); “si no traemos el papelito (refiriéndose a la cartilla) actualizado, nos multan, o de plano nos sacan del bar”. “Cuando vienen con los polis, siempre es más fácil llegar a un arreglo, una chupada en sus camionetas todo lo soluciona”.

Pese a las complejidades, fue importante permanecer en algunas mesas, sentado, sin decir mucho, beber una cerveza y agudizar los sentidos para detectar conversaciones, acercarse con los asistentes (sentarme con ellos) y de vez en cuando conversar con ellas para averiguar las formas en que ejercen su actividad.

De las primeras cosas que destacaron fueron ciertos rituales que hacen ellas, por ejemplo, Nina, de unos 42 años, originaria de Córdoba, Veracruz, narraba: “Si un cliente no te invita la primera chela cuando te acercas, te va mal el resto de la noche”; en eso coincidían la mayoría de mujeres entrevistadas que se dedican a *fichar*. Muchas se persignan cuando les sirven la primera bebida, mientras se guardan cautelosas su ficha en alguna parte de su brassiere.

Al preguntar sobre la adscripción religiosa, era incómoda en el escenario del comercio sexual, pues fue importante interpretar según simbolismos u ornamentación, como crucifijos, escapularios o el persignarse, que eran mayoritariamente católicas. Por tal motivo, algunas mujeres en situación de prostitución, pese a recibir educación formal referente a la utilización del preservativo, infecciones de transmisión sexual, entre otros puntos, deciden en algunas ocasiones “dejarse llevar”.

Al respecto, Linda, de 36 años, chiapaneca, dice: “La vida de puta es bien cabrona, la mayoría de los pinches clientes siempre te están agarrando las tetas o las nalgas, te quieren

coger en frente de todos, piensan que, porque te invitan una cerveza, tienen derecho a todo, y las cosas no son así”. En general, basado en la evidencia etnográfica, ellas trabajan en el comercio del sexo por el dinero, y para obtenerlo, pueden soportar muchas cosas que observan como negativas o en contra de sus valores o moral.

“A veces te puedes encontrar hombres buena gente (dice *La nena*, 26 años, de Hidalgo) creo que tiene que ver con la educación. Aunque también hay los licenciados y profes que te quieren hacer cosas a la mala. Se creen *mucha madre*, sobre todo los funcionarios. A veces pueden ser campesinos o albañiles y tratarte como una reina”.

“Hay de todo (dice Saraí, 31 años tlaxcalteca) pero, así como hay días en que una dice que lo mejor hubiera sido quedarse en casa, y otros en que buscamos solo el desmadre; hay otros en donde queremos *apapachos*, que nos quieran, que nos conquisten y es entonces, donde aparecen hombres a las que una no les puede decir que no”. Aunque en ocasiones asuman discursos donde presuman de un “total control” de sus sentimientos, puede ser una máscara, que se devela en muchos momentos, siendo tan vulnerables como cualquier otra persona.

“Nuestro trabajo (dice Coral, 48 años, de Puebla) es como de ser psicóloga, te la pasas escuchando sus problemas, mientras poco a poco nos emborrachamos. Es un trabajo donde no solo pones las nalgas, si no el alma”. Expresar y ejercer sentimientos parece que es una herramienta que puede distanciarlas de lo que ellas llaman la “putería”. Enamorarse en algunos casos, es quizás la alternativa para “humanizarse”.

“Acá les damos lo que en casa no reciben (dice Selene, 38 años, veracruzana), sobre todo atención. Vienen estresados, mal de sus trabajos. Nosotras debemos estar capacitadas para todo tipo de tema. Hacerlos sentir el centro del universo, es la clave para hacer bien el trabajo”. Uno de los cautiverios que diserta Lagarde (2005), es probable que se aplique en el contexto del comercio sexual tradicional, y es el de madre/esposa, sin negar que el de “puta” también es aplicable: primero, se puede usar debido a la idea de que “ellos necesitan ser atendidos”. Existe la creencia también sobre ese “deseo natural” de su incontenible sexualidad: “No pueden pensar”, “Solo buscan eso, y nosotras estamos para atenderles”, como si fuesen sus esposas: “Hacerles sentir como en casa”, “Son como niños y yo soy la mamá, conmigo se acaban de criar” (mientras se toca los senos).

Los estudios de género y bajo las herramientas teóricas del enfoque de masculinidades, se ha podido notar que muchos hombres asisten a los *tables*, puteros, tugurios y bares, con la

esperanza de alimentar la fantasía del lígüe con mujeres, por eso es común ejercer el arsenal de conquista. Esto se plantea pese a considerar, según comentarios “populares” que un “verdadero macho no tiene necesidad de pagar por sexo”.

Parece que existe una ambivalencia en torno a la postura de lo que “debe ser” un hombre (o macho, que también parece un sinónimo): por una parte, le alienta y permite comprar sexo; pero también hay amonestaciones morales al asumir la misma acción, pues el machismo es multifacético.

Mientras que el coito es uno de los objetivos de la “conquista”, en muchas ocasiones la ausencia de preservativo en dicho acto puede ser interpretado como una muestra de amor. Por ejemplo, las parejas estables, casadas o formales, suelen emprender acciones en ese sentido, debido a los lazos de confianza o incluso amor. Según comentarios de informantes fuera del contexto estudiado, una de las primeras acciones que “comprueba” una especie de grado o nivel de compromiso y amor, comentan: “Ya lo hacemos al natural, pues total, ya nos vamos a casar”, me decía una mujer poblana de 27 años en vísperas de su fecha de matrimonio.

Existe la creencia en algunas mujeres en situación de prostitución que no se deben vincular “amorosamente” con los prostituyentes, solo “sexualmente”. Por ejemplo, los besos en la boca solo se los proporcionan a sus parejas, novios, esposos; sin embargo, el sexo oral, vaginal o anal, puede intercambiarse por un pago. Esta práctica puede llegar a ser con o sin preservativo.

En medio de las disyuntivas que puedan presentarse, “los mitos del amor romántico” se recrean en una dinámica social como la prostitución, donde las formas de pensar, relacionarse y amar se entrelazan. Son diversos los mitos vinculados al amor romántico, y uno de ellos es la creencia de que “el amor lo puede todo”, e inclusive la misma palabra ya divide la banalidad con la seriedad: cuando se menciona un “te amo”, ya se trasciende de la idea de algo informal a un “va en serio”.

5. ¿Por qué no se usa preservativo?

Es importante advertir que no podemos descartar que la ausencia de uso del condón puede devenir por ejercicio de violencia, generalmente violaciones. Por otra parte, también se accede a dicho asunto para ganar más dinero. Entonces, no solo es un asunto vinculado a creencias o al “amor”, pero una tercera alternativa recae en percepciones y creencias sobre el tipo de

hombre que se presenta o creen que tienen enfrente, desde cómo está vestido, su perfume, ropa interior, y la forma y olor de sus genitales. También cuenta la forma en que las trata, así como la manera en que las “enamora”.

“Luego luego se ve un hombre cuando es limpio (dice Ana, 36 años, del Estado de México). Para tener sexo oral primero les toco todo bien, si no tiene verrugas o si no le huele mal. Eso siempre cuenta. La mayoría de hombres no son aseados, pero muy pocos sí. Con esos una puede confiar. Hasta en el motel se nota la calidad del cliente”. Aunque puedan contar con información científica y objetiva, derivada del proceso de control de las instituciones de salud pública, cursos, talleres, trípticos, etcétera, algunas mujeres que están en situación de prostitución se siguen *dejando llevar* por sus creencias obtenidas en varios momentos de su vida, en torno a la sexualidad y al amor. Incluso, los medios masivos de comunicación nutren dicho asunto. Margarita (Mago), de 38 años, poblana, dijo:

“Yo me acuerdo mucho de la novela de Marimar, con Thalía. También vi de chiquita Rosa Salvaje. Son mis novelas favoritas, hasta me las compré en dvd para verlas cuando pueda. Yo creo que por eso espero al galán que me sacará de esto. Pues conozco amigas y una tía, que, aunque pasó el tiempo, hasta salió vestida de blanco. Yo creo que el destino me tiene cosas padres aún. Y esa vida de puta es pasajera. Lo mejor está por venir”.

El alcohol generalmente es un deshinibidor que también les afecta en el desempeño de su actividad. Rocío (Jalisco, 40 años) comenta: “No es porque una esté peda, porque con todo y todo, una siempre puede decir que no. A veces hacemos *click* con el cliente, y por ejemplo para mi caso, ya no puedo tener hijos entonces lo hacemos al natural”. El intercambio de fluidos, como ya se observó previamente, suele ser una expresión de las “marcas” o aspectos identificados con una muestra de amor o intimidad. Al respecto, la misma Rocío dice:

“Sentir a un hombre es necesario para las mujeres, y en este trabajo a veces una no se puede resistir. No somos de palo. Me gustan que huelan rico, a veces juego a que seamos novios, a decirnos palabras bonitas. No sólo porque ellos lo piden o hacen, es hasta bueno para una, se hace menos pesada la chamba con cariños”.

Sara, mexiquense, mayor de cuarenta, sobre el tema discurría:

“Ya estoy vieja, conozco de más el ambiente. Ya mis hijos están grandes, ya van a la prepa y se saben valer por sí mismos. Desde que se fue su padre, no meto a otro hombre a la casa. Se extraña el sexo. Pero más que te dejen su semilla. Eso ahora lo entiendo. Creo que es parte por lo que yo ando en estas. Es fácil llevarse a alguien a la cama, acá hay varios moteles y otras veces voy a la casa de ellos o con la borrachera, me los llevo a la mía, pero un rato. Pues creo que hago lo mismo que muchas mujeres, nomás que cobro. Me gusta mucho el sexo, pero no con condón, aunque sé que es lo mejor, disfruto natural, pues para eso lo hizo dios”.

Los mitos y creencias sobre la sexualidad sobrepasan las realidades. En los momentos emotivos, parece ser que se privilegia el “sentir” y la creencia, al supuesto deber. “¿O tú qué prefieres? (cuestionaba) Pues no creo que haya hombre que no le guste dejar su leche en la cosita de una hembra”.

En charlas informales con algunos prostituyentes, éstos dan la impresión de que existe una fantasía de “redimir” a una prostituta casándose con ella; de la misma manera, hay una expectativa similar en algunas mujeres de encontrar al *príncipe azul* que las saque de lo que están haciendo y vivir *un cuento de hadas*. Podría considerarse que buscan a alguien que no le importe de dónde vienen y la vida que han tenido, y que tome los hijos que han tenido con otros; la historia de un sendero complicado, con final feliz: “Un final de telenovela”.

Don Carlos, tlaxcalteca de unos 44 años, comenta: “Es mejor cuando besan y se ponen cariñosas, pos yo al estar separado (divorciado) siento que estoy con una novia”; “Me gusta que sean entre *putas* y *esposas*, eso nunca lo tendrás con una novia o con tu misma esposa, pues ya sabes, siempre se ponen pendejas para coger”. Cautiverios, creencias, machismos y violencias encerrados en las expresiones de Don Carlos, pero ¿será un caso aislado?

Flavio, mayor de 50 años (de Huamantla), dijo lo siguiente: “La experiencia con las putas te va diciendo con quiénes se puede coger de *a grapas* (gratis) y con quién no. Siempre será mejor hablarles de amor, son viejas que necesitan un hombre que sepa hablarles, tirarles el rollo. Hay lugares y viejas que te aceptan más eso. A veces hasta lloran, por ejemplo, yo soy muy dado de pedirle al de la música, la canción favorita de ellas, esa no falla, con esa movida se les caen los calzones”.

Noe, de Puebla, argumentó muy convencido: “Yo nunca uso condón y menos con éstas (refiriéndose a las prostitutas), un hombre no usa esas madres. Algunas no quieren, pero todo

tiene su precio. Me gusta sentirlas y enlecharlas, las hago más así”. Las lógicas vinculadas a los fluidos crean todo un entramado de creencias que anulan las problemáticas referentes a las ITS. Así pues, también nos encontramos violencias a diversas escalas, abiertas o encubiertas. Entonces, el espermatozoide puede ser pensado como “una semilla” que da vida, pero también como “deshecho”, pues al pensar en las mujeres en situación de prostitución, se les considera como mujeres marginales y sin valor alguno; eyacular en ellas no siempre tiene un valor alto. Roberto, veracruzano de casi 30 años, dijo:

“Me gusta mucho el trato de novios. No es porque no tenga novia, tengo varias. Pero con ellas, pues aparte de los besos, caricias y palabras de novios, pues también hay sexo y es bien chido verlas con sus ojitos de románticas mientras te la maman (sexo oral) Eso sí no tiene precio”.

Don Jacinto, de San Pablo del Monte (66 años), comentó: “Yo vengo aquí (refiriéndose a un bar), para sacarme el aburrimiento, busco sexo y no uso condón. Son pocas las que me lo piden. Yo ya no lo hago con mi señora, allá ella, pero yo sigo vivo y le sigo dando. No me da miedo eso del SIDA, ya estoy viejo y de todas formas me voy a morir”.

Un joven originario del estado de Hidalgo (28 años) dijo un poco serio: “A mí sí me da miedo que te peguen algo, no sé, chancro, gonorrea, o hasta SIDA. Pero hay unas que se ven limpias, poco trabajadas y con esas le entro. Yo estoy casado y con mi señora la llevo bien, pero no es lo mismo. Ya sabes, los hombres siempre queremos más. Cuando no estoy muy pedo, sí me pongo condón. Pero cuando salgo borracho, pues ahí sí no me importa con quién, igual me lo acabo quitando y ni cuenta se dan”.

Consideraciones finales

Aunque los casos aquí expuestos no aspiran a proyectar una generalización, sí pueden tomarse como una muestra interesante para disertar; por ejemplo, la posibilidad de efectividad de las campañas sobre salud sexual y reproductiva, al menos en México.

Para la temática abordada, creencias tales como que una persona no tiene infecciones de transmisión sexual (ITS) por el hecho de que se ve “limpio”, o debido a ser “padre de familia”, es parte de un imaginario o representación social, hallado en la mayoría de informantes abordados para este estudio. En este orden de ideas, las creencias, como dice

Susan Carey (1992), “son proposiciones representadas mentalmente, tomadas como ciertas por el creyente” (p. 89). Lo referenciado invita a considerar cómo los mandatos o dogmas religiosos, generalmente no se cuestionan, operan sin la necesidad de confirmación y forman parte de colectivos, que van más allá de una comunidad, incluso de una nación. La costumbre suele ser el argumento básico que escasamente es pensado por quien cree en algo o alguien. Entonces, ante la pregunta: “¿Por qué no usas condón?”, la respuesta suele estar basada en los procesos de repetición o argumentación histórica, por ejemplo: “Porque lo hacía mi abuela” o “Porque lo hacen o dicen mis amigas”.

Sin embargo, el dogma también sufre procesos de adaptación a conveniencia de un colectivo o de individualidades. No es un “callejón sin salida”, existen diversas alternativas y maleables. Las creencias suelen ser generacionales, además de modificarse conforme se acumulan experiencias.

Aunque, como ya se dijo, la creencia está basada en un aparente posicionamiento personal, se encuentra ampliamente “validada” por una comunidad o entorno de personas; ésta ha sido observada, escuchada o impuesta por otras. Desde un análisis de la cultura, no nacemos con las creencias integradas en el pensamiento, las obtenemos con nuestro andar, además de poder hacer de una creencia, otras más, generando una especie de ramificaciones o variables, donde el género, la clase, lugar, edad, entre otras, se entrelazan.

Es complejo observar en sujetos de estudio, así como informantes, el ejercicio de una plena conciencia de que lo que piensan es una creencia. Existe una aparente incapacidad de interrogarnos las mismas, aun para quienes se digan coincidir con el pensamiento científico, y aunque en el caso aislado lo aceptemos, lo seguimos haciendo, con la creencia de que saldrán bien las cosas.

El conjunto de creencias también puede formar una cosmovisión, que no suele ser tan rígida como los paradigmas. Así pues, contamos con representaciones, ligadas a la cultura en la que cohabita la persona, misma que genera sus propias lógicas, que responde a cada caso o situación específica. Es particularmente interesante observar que las creencias también proporcionan orden, certezas y coordinación a nivel social e individual.

Con este estudio atropológico se busca, entonces, develar aspectos sobre las creencias y las complejidades al respecto, refutando, por ejemplo, la idea de que existe una especie de sentido común. Algo tan íntimo y complejo como las mismas creencias, no las podemos

observar a simple vista: circulan, se mimetizan y cambian constantemente. Develarlas resulta ser una misión que desde la antropología se puede lograr.

Durante más de un siglo, las mujeres en el contexto prostitución han sido pensadas por parte del Estado mexicano como un “problema de salubridad”. Entonces, el control de su actividad ha sido parte de un trabajo e iniciativa que posiciona al mismo Estado en una especie de proxeneta oficial, que deja de lado a los hombres consumidores, que al mismo tiempo son prostituyentes.

Así, observar los esquemas de los mitos del amor romántico es un aspecto de suma importancia, no solo para una investigación como ésta, sino como iniciativa de política de salud, donde se incluya urgentemente a los hombres en procesos de educación de masculinidades disidentes, cuya línea vaya en el proceso de la adquisición de responsabilidades sobre su vida sexual, sin importar su estado civil, edad, clase, etcétera.

Si Kate Millet ha pensado al amor como el nuevo opio de las mujeres, el núcleo de su ser, basado en el darse y servir a los hombres, ¿nos encontramos en los parámetros para reflexionar al mismo como una especie de sistema de creencias sumamente arraigado y precursor de la transmisión de ITS? Esto último claro está, pensado desde las estructuras de una experiencia de vida en situación de prostitución.

Una estrategia de los nuevos movimientos religiosos está basada en existir sin notarse, cosa que llama la atención a mucha gente; se les denomina “estilos de vida”. Los nuevos movimientos religiosos están difuminados, son personalizados y utilizan las redes sociales que estén a su alcance para difundirse. Pero también pueden estar en los “no lugares” y son más eficaces si se habitan en las creencias y pensamientos.

Parece que el cuerpo de algunas mujeres, cuando se fusionan aspectos como el amor y la sexualidad, difuminan aspectos de seguridad y salud sexual. Este proceso se experimenta de forma diferenciada según el género. Las creencias, aunque pueden ser experiencias individuales, también forman parte de un *corpus*, no son imposiciones; en todo caso, también podríamos entender la omisión del uso del preservativo en un encuentro coital en el contexto del comercio sexual, como un intento de seguir siendo “mujer”. O como diría una informante: “Las putas usan condón, las mujeres que aman libremente, no”.

El trabajo etnográfico nos brinda de esta manera, una extraordinaria posibilidad para centrar la experiencia del cuerpo en voz de las y los actores, tratando de develar los sutiles linderos y el núcleo de las creencias vinculadas a las complejidades de las culturas. Los

testimonios aquí proyectados son el intento de entender una observación de investigación inicial. Un vistazo en una supuesta periferia social, se inician inferencias y se aceptan aportes.

Referencias bibliográficas

- Anzorena, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza, Argentina: EDIUNC.
- Carey, S. (1992). The origin and evolution of everyday concepts. En R. Giere (ed.). *Cognitive Models of Science* (pp. 89-128). Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- Cazés Menache, D. (2005). *La perspectiva de género. Guía para diseñar, poner en marcha, dar seguimiento y evaluar proyectos de investigación y acciones públicas y civiles*. México: UNAM/CONAPO/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Durkheim, E. (2013). *Las formas elementales de la vida religiosa: El sistema totémico en Australia (y otros escritos sobre religión y conocimiento)*. México: FCE.
- Federici, S. (2010). *Caliban y la bruja, mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, España: Traficantes de sueños.
- Fishbein, M. y Ajzen, I. (1975). *Belief, Attitude, Intention and Behavior. An Introduction to Theory and Research*. Reading, MA, USA: Addison-Wesley.
- Galindo, M. y Sánchez, S. (2007) *Ninguna mujer nace para puta*. Buenos Aires, Argentina: Lavaca.
- Guber, R. (2015). *La Etnografía. Método, Campo y Reflexividad*. México: Siglo XXI.
- Lagarde y de los Ríos, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lamas, M. (1996) Trabajadoras sexuales: del estigma a la conciencia política. *Estudios sociológicos*, XIV (40), 33-52.
- Martín Casares, A. (2008). *Antropología del género. Culturas. Mitos y estereotipos sexuales*. España: Ediciones Cátedra.
- Millett, K. (2017). *Política sexual*. España: Ediciones Cátedra.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (s/f). Recuperado de: http://www.who.int/topics/sexual_health/es/ [Consultado el 31 de enero de 2018]

- Ortega y Gasset, J. (2001). *Ideas y Creencias, Obras Completas, Volumen 5*. España: Alianza Editorial.
- Ponce, P. (2008). *L@s guerrer@s de la noche. Lo difícil de la vida fácil. Diagnóstico sobre las dimensiones sociales del trabajo sexual en el Estado de Veracruz*. México: Porrúa.
- Ravelo Blancas, P. (2011). *Miradas etnológicas, violencia sexual y de género en ciudad Juárez, Chihuahua. Estructura, política, cultura y subjetividad*. México: UAM.
- Salazar, C. (2014). *Antropología de las Creencias. Religión, simbolismo, irracionalidad*. España: Fragmenta editorial.
- Solía Camba, M. (2008). *Ideas y creencias*. Recuperado de: <https://hernanmontecinos.com/2008/03/23/ideas-y-creencias/> [Consultado el 2 de marzo de 2017]
- Tarrés M., L. (Coord.) (2013). *Observar, escuchar y comprender. Sobre la Tradición cualitativa en la investigación social*. México: FLACSO/El Colegio de México.
- Volnovich J., C. (2011). *Ir de Putas: Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. Buenos Aires: Topía.